

fin, el capitán Lucas Tristany, en la actualidad el coronel San Severo.

Hacia mucho tiempo que esperaban inquietos.

El billete que les llevó el criado de parte del príncipe Coriolani, decía bajo clave:

«Esta noche todo habrá concluído; vosotros seréis libres y ricos.

»Hasta nueva orden permaneced separados de las «logias»; no tenemos necesidad de la alianza de los «carbonari».

»Velad y preparaos para cualquier evento. A veces lo más terrible de la lucha acaece en la hora del triunfo».

No había firma.

Armellino, Pisani y el anciano Massimo Dolci se estrecharon la mano con alegría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el buen coronel San Severo;—¡quisiera comprender algo de nuestros propios secretos!

—¡Cada uno á su puesto!—mandó el anciano Massimo Dolci;—todos vamos á ciegas, mi buen Tristany; pero con tal que el maestro vea claro, no puede perderse la partida.

IV

La quinta Floridiana

Entre las maravillosas quintas que cercan á Nápoles y son el orgullo de la campiña, ninguna más bella que el palacio de verano hecho restaurar por el príncipe de Torella á principios del siglo XIX para su segunda esposa la encantadora princesa y duquesa de Partanna y Florida. Está situada en la vertiente occidental del Vomero, no lejos de otro paraíso terrestre llamado la quinta de los príncipes de Belvedere. El caballero Nic-

colini, hábil arquitecto, prodigó en él todos los recursos de su delicado gusto un poco cargado de adornos.

Fernando, rey de Nápoles, lo compró en 1820, después de la muerte de la duquesa Florida, para hacer un presente á la duquesa de Salerno, su nuera.

En 1823, época en que pasa nuestra historia, la corte de la quinta Floridiana era tan numerosa como la de Capodimonte ó Palazzo Reale, á consecuencia del gran favor que gozaba con el rey la esposa del hijo segundo de éste.

Desde los magníficos jardines escalonados sobre la pendiente de la colina, se descubrían, como un extenso abanico, las playas, la bahía, las islas, y por encima la ciudad, el cono amenazador y terrible del Vesubio de donde salió la lava que cubrió á Pompeya.

Serían las cuatro de la tarde.

Hacia ya dos largas horas que la asamblea de la familia real convocada por el rey estaba reunida.

Pero las princesas, dispersadas por los jardines, continuaban del brazo de sus caballeros, aguardando la presencia del rey.

El príncipe Fulvio Coriolani, héroe de este consejo de familia, tampoco había parecido.

Al contrario de los cortesanos, que deseando saber el resultado de esta solemne convocatoria, empezaban á poblar las verdes calles de árboles á través de los cuales deslizaba el sol sus tibios rayos.

Nadie ignoraba que se trataba del príncipe Fulvio Coriolani. Todo el mundo creía adivinar que el objeto de la deliberación sería el matrimonio del príncipe con Angélica Doria.

En efecto, entre los grandes señores convocados

estaba el conde Loredano con su primo y amigo el marqués de Ruffo, vicetutor de Angélica.

El consejo ó asamblea debían componerlo cuando menos:

El rey.

Los príncipes, hijos del mismo.

Las princesas, hijas y nueras

Los príncipes de la sangre.

El barón de Anspach-Boccaromana, secretario privado de S. M.

Tres secretarios de Estado, entre ellos el señor Carlos Piccolomini.

Cinco miembros superiores de la nobleza napolitana.

Púdose observar que el consejo compuesto del modo explicado era precisamente el mismo que tres años antes había arreglado el estado civil de Gaetano Biffi Miranda, de los príncipes Biffi y de los duques de Miranda, que no tenía ni papeles de familia, ni pruebas fehacientes de su familia.

Gaetano Biffi Miranda, duque de Miranda y príncipe Biffi, uno de los amigos más íntimos de Fulvio Coriolani, pertenecía á los cinco asesores de la orden de la nobleza.

Loredano Doria era otro de los votantes.

Pero creíase que se trataría además de otra cosa, y que las deliberaciones del augusto consejo no versarían solamente sobre el proyectado matrimonio.

Hablábase vagamente de grandes cambios en la corte.

Pero he aquí principalmente de qué se trataba. Todos se hacían la misma pregunta.

—¿Por qué no ha llegado todavía el príncipe Coriolani?

—¿Por qué el consejo no ha tenido lugar á la ora indicada?

Los grupos se diseminaban graves y atareados. Hacia las cuatro de la tarde, Loredano Doria, pálido y con el semblante alterado, se acercó al círculo que rodeaba á la princesa de Salerno, en el gran salón de verano.

Después de haber saludado respetuosamente á la nuera del rey, se acercó á Nina Dolci y le habló en voz baja.

Nina le respondió en alta voz y con una acritud que á nadie escapó:

—¿Me han dado, acaso, á guardar á la noble Angélica?

Así diciendo cambió una mirada de inteligencia con su señora.

Díjose en seguida por todas partes que Angélica Doria había desaparecido.

Lo más singular era que la desaparición de la bella condesa no parecía inquietar á las personas reales.

Por doquiera se oía decir:

—El rey está encerrado en su gabinete.

—El rey está triste é inquieto.

—El rey se ha negado á todo el mundo.

—Aun á Su Alteza Real Francisco de Borbón. Y cuando preguntaban por casualidad:

—¿El rey está solo?

Algunos que se decían mejor informados respondían moviendo la cabeza:

—No, el rey no está solo.

Entonces se buscaba al ausente entre la multitud de cortesanos, pero nadie faltaba.

A lo menos ninguna notabilidad.

¿Quién, pues, podía estar con el rey?

Se hacían mil otras preguntas á las cuales no se podía responder.

El principal grupo de cortesanos se había situado en la gran calle de naranjos que estaba frente á la escalera real. Desde allí podían verse

perfectamente las ventanas del gabinete donde Fernando de Borbón recibía á sus mejores servidores cuando iba á descansar de sus tareas á la quinta Floridiana. Las ventanas se hallaban todas cerradas y las cortinas cuidadosamente corridas.

El pabellón parecía un departamento abandonado.

A cada instante algunos recién venidos aumentaban el número de los cortesanos reunidos en aquel punto: preguntaban y eran preguntados.

¿Por qué S. M. se negaba á todo el mundo?

En la reunión de las princesas que tenían su corte bajo el follaje del salón de verano, nada se traslucía. La princesa de Salerno no podía estar más jovial. Sólo la contrariaba el retardo de su real suegro, porque la impediría asistir á la ópera.

Los principales conversaban por separado con algunos de sus familiares. Habíase oído decir al heredero de la corona, contestando á una observación del conde Castro Giovanni:

—No hay más que un hombre capaz de dominar esta situación.

¿Qué hombre? ¿qué situación?

En Nápoles como en todas partes hay noticieros. Sólo que allí este oficio es un poco más peligroso.

—Señores—dijo acercándose al grupo de cortesanos el marqués de Zanone, joven tronera que derrochaba alegremente su fortuna,—la casa de nuestro jefe de policía está enlutada. Había apostado ver su semblante antes de que muera y esto me hará perder cien onzas dobles.

—Consuélate, marqués—le respondió Casabianca;—el luto es por ella.

—Dícese que era una jorobada de talento,—añadió el brigadier Miguel Madrina.

Y todos á la vez:

—¿No traes mejores noticias, marqués de Zanone?

—El bolso está lleno—respondió éste,—pero supuesto que el digno señor Johann Spurzeim no ha muerto, las guardaré para mejor ocasión, mis excelentes amigos.

—¿Crees que iremos á contarle tus tonterías, Zanone?—preguntó Madrina riendo.

—Ya sé—respondió el marquesito,—que en una reunión tan respetable no puede haber sino gentes honradas, pero desde algún tiempo á esta parte las personas honradas viven con gran trabajo. Las trufas están caras y el vino de Francia ha adquirido precios fabulosos. El corredor obscuro que conduce al gabinete particular del jefe guarda sus pequeños secretos, compañeros míos, y todo el mundo sabe bien que soy la misma prudencia.

A esta declaración no prevista, prorrumpieron todos en una gran carcajada.

El marquesito paseó su mirada alrededor.

—Señores—dijo,—si me prometéis guardar fielmente el secreto, os daré noticias que os harán erizar los cabellos.

—Callaremos como muertos, marqués. ¡Habla! Zanone tomó un aire de importancia.

—Empiezo por anunciaros, caros amigos, que el profesor Zucca Cocomero ha vaticinado para dentro algunos días una terrible erupción del Vesubio.

—¿Quieres burlarte de nosotros, marqués?

—No lo permita Dios, mis ilustres amigos. Si los presagios científicos no os interesan, pasemos á otro orden de ideas. Desde el último martes se han descubierto en Nápoles tres nuevas «logias» de carbonari. La de la «Salud» y la de la «Santísima Trinidad»; dicen que estaban armadas...

El círculo se agitó presa de súbita inquietud.

—Habla más bajo, marqués—le dijeron de todas partes.

—Estas tres «logias»—continuó Zanone,—forman sólo la décima parte de las que existen en Nápoles. ¡No es el Vesubio el único volcán que nos amenaza!

Zanone saludó de lejos al señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado, que se paseaba solo, pensativo, y con las manos á la espalda.

—¿Le han reemplazado?—preguntó Zanone cuando el secretario de Estado hubo desaparecido en otra calle de árboles.

—Todavía no—le respondieron.

—¿Se sabe—preguntó Madrina,—quién está en este momento con el rey? ¿Será el príncipe Coriolani?

—No, por cierto—replicó Zanone,—puedo daros algunas noticias sobre el particular.

—Mi criado Antonio ha visto al personaje que se halla el presente con S. M.

—¿Quién es? ¿quién es?—preguntaron en seguida.

—Mi criado Antonio—respondió Zanone,—ignora su nombre, pero ha podido dar sus señas.

—¿Y tú le has conocido por ellas?

—Al contrario, señores, no he podido reconocerle. Pero ¿quién sabe si vosotros seréis más hábiles que yo? he aquí las señas.

El grupo había aumentado; todos se aproximaron ávidos y curiosos.

—He aquí las señas—repitió Zanone;—un esqueleto envuelto en chales; son las propias palabras de Antonio que le ha visto bajar de una silla de brazos en la parte posterior del palacio.

En derredor del marquesito reinaba un profundo silencio.

su vez preguntó:

—Señores, ¿conocéis á nuestro Hombre por las señas que da mi criado Antonio?

Nadie respondió.

—Y, sin embargo, es cosa bien particular—agregó Zanone;—hay pocas personas en Nápoles á quienes se las pueda aplicar la seña indicada. Al detenerse la silla en el lugar referido, los que la llevaban han tomado en sus brazos á tan extraño personaje, como un niño enfermo. Antonio afirma que ha visto salir de los chales, arrollados á manera de mantillas de recién nacido, una verdadera calavera.

El grupo de cortesanos continuaba silencioso.

¿Era porque no acertaban con la persona á quien se aludía?

Esto es poco verosímil; aunque lo adivinaban no querían manifestarlo.

—Quizá es un gnomo—dijo Casabianca.

—O un alma en pena—añadieron otros.

Este era un medio de tomar la cosa á broma. Todos lo apoyaron.

—Si es un fantasma—replicó el brigadier Miguel Madrina,—no deja de ser prolijo en sus comunicaciones, porque la entrevista tiene aire de no acabar, y ya el sol se esconde tras el Vesubio.

—Es que...—empezó el marqués de Zanone.

—Es que—interrumpió á su lado una voz grave y lenta,—el que llamáis fantasma, tiene probablemente muchas cosas que decir á S. M., señores.

A pesar de hallarse en el centro del grupo, nadie había reparado en este nuevo personaje.

Era un joven, pero su traje formaba contraste por su seriedad con el de los demás cortesanos. Su mirada fría sostuvo sin esfuerzo la curiosidad de los que le rodeaban.

—¡Hola! ¡querido doctor!—exclamó el marqués

de Zanone que conocía á todo el mundo;—no os había visto.

Y le tendió vivamente su mano, que él estrechó con tibieza.—¿Doctor?—decían en el grupo.

—Un siciliano—murmuraron dos ó tres voces, —el doctor Pedro Falcone.

—¿Quién es?

—Un pobre diablo.

Iban á volverle la espalda cuando el marqués tomando la palabra preguntó:

—¿Es verdad, sapientísimo doctor, que se os ha nombrado médico del rey?

—Es verdad—replicó lacónicamente Pedro Falcone.

Todas las miradas se suavizaron. El que había dicho, al hablar del doctor, que era un pobre diablo, penetró entre el grupo y fué á ofrecerle la mano.

—Príncipe de la ciencia—dijo Zanone,—¿podrías decírnos el verdadero nombre del que hemos llamado fantasma?

—Su verdadero nombre es la justicia de Dios—contestó Falcone con aire sombrío.

Estas palabras enfáticas producen en Italia más efecto que entre nosotros.

La multitud, inquieta «á priori», empezó á estremecerse.

—¿Qué es un fantasma—continuó Pedro Falcone,—sino la víctima que sale de la tumba para señalar con su dedo descarnado al asesino envuelto en su impunidad? Tenéis razón, el que en este momento está conversando con el rey, es un fantasma. El rey está más triste de lo que pensáis, el rey está más inquieto, el rey temblaba de fiebre cuando me ha confiado su pulso que contiene la vida del reino de Nápoles. Y ¿por qué? porque esta noche ha llegado á oídos de S. M. una voz que no salía de ningún pecho viviente.

Los cortesanos se miraron.

Ninguno de ellos se atrevió á dirigirse la más mínima pregunta.

—Dios aguarda—interrumpió de súbito Falcone.—Dios es paciente porque es eterno. Los años pasan... La tierra ha bebido sangre; la mar ha cubierto con sus olas un cadáver... la tierra y la mar son mudas! Elévase empero un grito: ¿de dónde sale? nadie lo sabe, pero todos le oyen. Este grito es la voz de la conciencia divina. Dios no lleva prisa. La hora ha llegado. La espada del arcángel brilla...

—¡Ea! ¡ea! querido doctor—dijo el marqués de Zanone mientras aquél respiraba,—decidnos de una vez de qué crimen nos estáis hablando.

—De un crimen olvidado hace mucho tiempo, señor—respondió Pedro Falcone;—el transcurso de siete años es un siglo en la corte. Seamos justos; con siete años hay veinte veces más de lo que se necesita para olvidar á un muerto!

—¿Quién murió asesinado hace siete años?—preguntó bruscamente.—¿No lo sabéis?... y, sin embargo, entre vosotros veo ancianos, hombres adultos, pero la memoria nada os recuerda, la memoria de los muertos se olvida. ¿Nadie se acuerda?

En efecto, todos buscaban en vano en su memoria.

—¡Pues bien!—replicó Falcone,—el rey no es como vosotros, el rey tiene más memoria, el rey que necesita menos de los vivos, se acuerda más de los muertos, el rey está triste, inquieto, señores, porque esa voz de que os he hablado hace poco, ha proferido dos nombres á la vez. el de la víctima y el del asesino...

Falcone hizo una pausa.

En su derredor no se oía el más leve ruido.

—La víctima—prosiguió Falcone bajando la voz,

—llevaba un nombre ilustre, el nombre más ilustre de la Italia del Sur. La víctima era el amigo más querido del rey, el hermano de armas del príncipe real...

—¡Monteleone!—exclamaron todos á la vez

—Monteleone, el conde Mario Monteleone—repitió el doctor en señal de afirmación.

—¿Y el asesino? ¿se conoce el asesino?

Pedro Falcone no respondió; una sonrisa siniestra contrajo sus labios pálidos.

En los jardines de la quinta Floridiana tenía lugar en este instante un movimiento rápido y general.

Al nombre de Monteleone, respondió otro nombre igualmente pronunciado por cien bocas.

—¡Coriolani!... ¡el príncipe Fulvio Coriolani.

V

Explosión de una mina

La llegada del príncipe Coriolani al palacio real acompañado de Angélica Doria, fué un verdadero acontecimiento.

El heredero de la corona, los príncipes y las princesas le festejaban.

Pero en el numeroso grupo compuesto del marqués de Zanone y sus amigos, los espíritus habían quedado vivamente impresionados. En verdad no tenía aires de vencido el brillante señor por quien se hallaba la corte reunida, y que llevaba del brazo á la más noble heredera del reino de Nápoles, á despecho de su hermano el conde Loredano Doria.

Sin embargo, para los que habían oído las palabras de Pedro Falcone, existía como una misteriosa amenaza suspendida sobre su cabeza. La

muchedumbre había pronunciado en su nombre el momento en que se pedía el del asesino de Monteleone.

Y Falcone guardó silencio, como si hubiese considerado ocioso añadir una palabra al grito de la muchedumbre.

Esta, al pronunciar el nombre de Coriolani, ¿se había encargado de responder?

Fuera de esto ocurrió una circunstancia singular. Cuando los cortesanos, distraídos un instante por el movimiento que se operaba á su alrededor, se volvieron hacia Falcone para preguntarle de nuevo, éste ya no estaba.

Nadie supo decir cómo había desaparecido el nuevo médico de S. M.

Pero no habían acabado las sorpresas, ó mejor, entonces empezaban.

—¡Por San Genaro!—exclamó de pronto Zanone; —¿estoy soñando? He ahí el muy ilustre señor Carlos Piccolomini que saluda á los que ayer hizo llevar á la cárcel.

En el centro del jardín el ministro de Estado acababa de saludar á Malatesta y Colonna que pasaban del brazo.

Los dos jóvenes señores no tenían el aire de cautivos que han roto violentamente sus cadenas. Los dos iban hablando y riendo.

—He ahí el mayor de guardias que aun pasa más adelante—dijo Madrina maravillado;—habla familiarmente con Sampieri y Marescalchi...

—¡A quienes prendió anoche!—acabó otro. ¿Qué significaba este cambio?

Porque era la exacta verdad: Wolfgang Baumgarten, mayor de guardias suizos, se apoyaba á derecha é izquierda en los brazos de Sampieri y Marescalchi.

Domenico Sampieri presentaba el aspecto de un